

Desarrollos sobre el concepto de Identificación Proyectiva

Lluís Farré Grau
Jesús Sánchez de Vega

Resumen

Los autores presentan la línea de desarrollo que ha seguido el concepto de IP desde su introducción por Melaine Klein, de acuerdo con su utilización en la clínica por distintos autores pertenecientes tanto al movimiento kleiniano como poskleiniano. Entienden que se refiere a un mecanismo complejo ante el que cualquier intento de definición o explicación con palabras resulta obligadamente insuficiente debido a su riqueza conceptual. Por ello han estimulado los intentos para llenarlo con significado intentando comprenderlo por sus implicaciones clínicas. Tales intentos, concretados en la descripción de su operatividad para dar cuenta o iluminar las diversas áreas clínicas, marcan su desarrollo en los últimos 50 años. Aquí se señalan someramente las principales líneas que se han seguido de acuerdo con la comprensión y utilización del concepto por cada autor. Se destaca en particular la importancia de los trabajos de Bion y Meltzer para contribuir a ampliar su significado.

Con el nombre de Identificación Proyectiva (IP) nos referimos a un fenómeno, observado por primera vez por **Melanie Klein** en la clínica infantil, que resulta de muy difícil conceptualización. A esta complejidad para poder comprenderlo debida al mismo concepto, se añade el que después de Klein haya sido empleado de forma tan diversa por muy distintos autores y en situaciones también muy distintas, e incluso por el mismo autor, de forma diferente según la época o el momento en que lo utilizó --**Bion** es un claro ejemplo, como veremos--, lo cual hace que para algunos el término resulte aún más impreciso y en exceso polivalente.

Por ello, acercarse al concepto exclusivamente desde el punto de vista teórico será insuficiente para su comprensión si no se complementa con su reconocimiento en la clínica, tratando de discernirlo, más que de definirlo, ya que cualquier intento de

definición resulta insuficiente para recoger toda su riqueza. Es por lo que aquí tenderemos más bien a describir la aparición y algunos desarrollos del concepto. En su utilización se han seguido dos caminos: uno más ortodoxo, que seguiría fiel e invariablemente la línea indicada por **Klein**, y otro que iría más allá, siguiendo un pensamiento independiente, como es el caso de **Bion** y **Meltzer**, corriente que se denomina poskleiniana, “con alguna de cuyas conclusiones quizá no estaría muy de acuerdo **Klein**, pero que si bien defendía con ardor sus ideas, también estimulaba a que cada uno siguiera su camino propio”, (**Meltzer**, 1992). Nosotros nos vamos a referir preferentemente a este segundo camino, que se está mostrando tan creativo, advirtiendo que lo consideramos como un desarrollo y para nada en oposición a las ideas de **Klein**, pues se apoya por un lado en sus descubrimientos, particularmente en la utilización de la IP como herramienta clínica y, por otro, en las intuiciones de estos dos grandes pensadores.

Freud, basándose en el modelo de la física mecanicista, concibió inicialmente la mente como un sistema que maneja cantidades de carga o energía, cuyo exceso produce una tensión que se vivencia como displacer o sufrimiento que tiende a aliviarse (modelo hidrostático de vasos comunicantes o el modelo de descarga cuando se alcanza un gradiente de tensión).

De acuerdo con esto, describió como principio regulador del sistema lo que denominó *principio de placer*, por el cual lo desagradable se descarga o alivia fuera del sistema, al exterior. A ese mecanismo psicológico lo llama *proyección*, por el que el origen de lo desagradable, que procede del interior de la persona, se atribuye al exterior y se ve su origen en el afuera.

Melanie Klein, desde un punto de vista relacional, describe algo parecido. Pero con la óptica de las relaciones objetales, en el área del interjuego de proyecciones e identificaciones que estructurarán al self en desarrollo, abrió un terreno insospechado por su amplitud e interés para la investigación. Desde luego, y en primer lugar, ampliando enormemente el terreno de comprensión analítica de fenó-

menos para los que el concepto de proyección resultaba muy pequeño.

Poco más de cincuenta años han pasado desde que **Melanie Klein** (1946) formulara la manera astuta con la que la mente trabaja para traspasar el linde de lo que es sagrado, el caballo de Troya con el que se pueden violentar los sellos que delimitan el espacio del otro, regalándonos con su documento *Notas sobre algunos mecanismos esquizoides*, el concepto de IP para que desentrañáramos su contenido. **Bion** y **Meltzer**, entre otros, han desarrollado el concepto, y a pesar de que en este momento vamos a referirnos a ellos con especial atención, también recorreremos, ni que sea muy someramente, las investigaciones que desde hace medio siglo el movimiento kleiniano y el poskleiniano han llevado a cabo con el ánimo de dar un poco de luz a la oscuridad a la que **Klein** se refería apenas recorridas las primeras líneas de su artículo. Para ello, intentaremos trasladarnos a través de las diferentes líneas de desarrollo del esquema que se acompaña (ver cuadro de la pág. 40).

Antes de iniciar el recorrido que proponemos en el dibujo, creemos que merece la pena llamar la atención sobre este artículo, en su versión original, en concreto sobre la forma en que **Klein** presentó este concepto por primera vez, para mostrar hasta qué punto le debía de resultar difícil dar cuenta de él (dificultad a la que, como decíamos antes, se suma el que ahora se tienda a ver a la IP prácticamente omnipresente en toda comunicación humana, lo que hace que el concepto resulte hoy en día tan difuso y complicado para algunos).

En primer lugar, **Klein** ya advierte que va a tocar un tema amplio y relativamente oscuro en forma de notas preliminares y que el espacio tampoco le permite aportar material clínico para apoyar sus formulaciones (lo que extraña y llama la atención por estar en contra de lo acostumbrado, de apoyarse en material clínico para ilustrar o fundamentar cualquier formulación), vacío que espera llenar en adelante. Luego, mientras se está refiriendo a la escisión y su relación con otros mecanismos, menciona la IP como de pasada, discretamente, sin ningún tipo de énfasis, de modo que al ir leyendo apenas se advierte que ya la ha descrito, además de que tampoco lo ha llamado por su nombre.

Dedica unas siete líneas a describir un tipo de proyección y muestra su interés por la identificación que sucede a esta proyección y es al final, en el resumen, que lo denomina identificación por proyección. Es en 1952 (*Contribuciones al Psicoanálisis*) cuando reimprime el trabajo y ya lo llama IP.

En el texto que siguió a éste, titulado *Sobre la Identificación*, donde esperamos encontrar aquél

material clínico que llene el vacío que reconoció había dejado en *Notas*, nos encontramos con que analiza la novela *Si yo fuera usted*, de **J. Green**, para ilustrar la IP, pero no añade mucha precisión al asunto, aunque dice que aporta nuevas sugerencias y amplifica algunas que estaban implícitas, y que no las había mencionado abiertamente en *Notas*.

Parece, pues, como si **Klein** se moviera con una vaguedad buscada, o bien que el mecanismo del que intenta dar cuenta era muy difícil de conceptualizar, de poner en palabras, e incluso parece señalar que para entenderlo hay que buscarlo en la clínica y en todo caso recurrir a descripciones imaginativas o utilizando modelos para dar cuenta de él. El efecto al leer *Notas* puede ser intrigante y estimular al lector, y desde luego promovió gran interés en sus seguidores, como había sucedido años antes cuando habló de objeto interno, para llenar de contenido ese vacío e imprecisión inicial, quizá en un intento de explicitar lo sugerido.

En todo caso, dicha vaguedad e imprecisión del concepto debe relacionarse con los intentos de clarificarlo y el enorme desarrollo que ha experimentado. De hecho, la IP ha sido motivo de muchos y valiosos estudios y publicaciones en ese esfuerzo por entenderlo, de modo que su aplicación a la clínica ha dado enormes frutos; quizá sea el tópico sobre el que más se ha escrito en los últimos 25 años, impenable al leer el artículo inicial. Aun así el concepto permanece abierto a más desarrollos y en ello radica su valor y su utilidad para aplicarlo en la clínica.

Si retomamos el trabajo de 1946, en el que **Klein** deja bien claro que lo que más le interesa es la comprensión de los mecanismos esquizoides --la mecánica de los procesos de escisión--, vemos que en él se describe por primera vez el modo de operar de una fantasía omnipotente de intrusión dentro del cuerpo y de la mente de otra persona con la finalidad de tomar posesión de ella, controlarla y hacerla sede de todo el dolor mental y el sadismo. IP será el nombre concedido a esa extensión narcisista que sutura la brecha entre self y objeto y aliena la genuina identidad propia, llevando a que el self pierda vida y valores que le son consubstanciales. Según **Klein**, los estados de frustración y ansiedad aumentada constituyen el agujón que mueve a la criatura al uso de la IP con la finalidad de penetrar en el cuerpo de la madre.

La activación de esta fantasía despliega una torturadora dinámica de proyecciones e introyecciones marcada por la violencia (**Klein**, O.C. pág.20), en la que el sadismo que fuerza al objeto va seguido de la persecución y la amenaza de quedar aprisionado en el interior del cuerpo violentado. Es aquí donde se

preparan las condiciones para los fenómenos claustrofóbicos (**Klein**, O.C. pág. 21).

Llegados a este punto, parece necesario hacer alguna precisión acerca de los dos aspectos que caracterizan la IP. Ésta se presenta con un doble componente, identificatorio por un lado y proyectivo por el otro, que apunta a una doble fenomenología: la identificatoria, maníaca, grandiosa, a cuyo estudio se dedicaron muchos autores que mostraron su utilidad para comprender los estados confusionales, psicosis, ciclotimia, etcétera. Un ejemplo son los numerosos estudios que se iniciaron en los años 50 en relación al tratamiento institucional del psicótico y que supusieron una verdadera revolución para el conocimiento de la esquizofrenia, y que llegan hasta nuestros días para aplicarlos a los nuevos equipamientos, circuitos asistenciales, etcétera. Y la proyectiva, claustrofóbica, a cuyo esfuerzo de clarificación se ha dirigido en exclusiva el trabajo y las investigaciones de **Meltzer**, que han permitido aclarar la fenomenología de la organización narcisista consecutiva a la escisión, comprender la clínica de las adicciones y perversiones, y también su utilidad al aplicarla al estudio de los grupos e instituciones sociales.

Hasta aquí, y de una manera forzosamente esquemática por el recorrido que pretendemos hacer, **Klein**. **Bion** (1959, 1962), tomándolo desde otra perspectiva, trabaja sobre el concepto insaturado de IP y rescata todo su potencial de comunicación primitiva y básicamente inconsciente que resulta fundamental para el aprendizaje. Configura el ámbito de encuentro entre el bebé y la madre, que facilita el que ella pueda captar el estado psicofísico de la criatura y la capacita para proveer alivio al hijo en su sufrimiento y conocimiento a través del aprendizaje de la experiencia.

Desde esta perspectiva, la IP se constituye en la vía de transporte de un contenido que busca un continente que le de forma, una experiencia que reclama un sentido, parecidamente a como lo pide un pensamiento que busca un pensador capaz de pensarlo. Pero también alerta **Bion** acerca de la IP excesiva o patológica, aquella que recoge la conceptualización kleiniana y promueve, entre otros, fenómenos como la claustrofobia, el bascular maníaco depresivo y los trastornos del pensamiento. Este enriquecimiento conceptual exige una diferenciación más clara entre ambas formas de actividad de la IP según permanezca, o no, preservada la comunicación. El control y manipulación del objeto reniega del principio de libertad y respeto que son propios de la comunicación genuina. **Meltzer** (1986) propone entonces la denominación de Identificación Intrusiva para describir esta dimensión del concepto que capta el moti-

vo esencial de este tipo de fantasía inconsciente omnipotente: la invasión de la personalidad y del cuerpo ajeno tal como originalmente lo describió **Klein**.

Ajeno desde nosotros, centrándonos en el sujeto y considerando al objeto como a otra persona, ajena al sujeto. Pero, ¿es la madre ajena al bebé? Porque se trata, en la descripción de **Klein**, de una situación muy primitiva e inicial de indiscriminización en la que el self está en el umbral de la diferenciación. La situación es tan primitiva que quizá aún no se puede hablar de sujeto y objeto. Es algo así como un estado cercano al narcisismo primario. ¿Qué existencia tiene la madre, como objeto externo, en esos momentos iniciales para el bebé? ¿Y qué realidad psíquica tiene en ese momento la madre, como objeto interno, en la mente del bebé?

Entre los muchos problemas que plantea el concepto, éste es el primero: si para que opere la IP se necesita frontera sujeto-objeto. Esto equivale a preguntarnos si el fenómeno se da en (o dentro de) el objeto externo, como parece indicar **Klein**, o en la fantasía del bebé, es decir, en la representación (construcción) que de la madre tiene el bebé, o sea, en el objeto interno. Indudablemente, aquí se plantean complejas discusiones teóricas. Pero, ¿qué resulta más adecuado y sobre todo operativo para nosotros? ¿Referirnos a la madre desde el bebé como objeto externo o como objeto interno? El objeto interno está de alguna manera ya presente en la mente del bebé desde el comienzo. Pero ya llegaremos a eso, que constituye el punto de partida para los trabajos de **Meltzer**. Antes, aún nos queda un buen trecho que recorrer; tendremos que tratar previamente, ni que sea haciéndolo de forma muy recortada, de la cantidad y calidad de trabajos que ponen en marcha una serie de investigaciones en la década de los 50 (a partir de la referencia hecha por **Klein** en el citado trabajo del 46) y que aún continúa.

Así, las nuevas ideas de **Klein** acerca de los procesos de escisión y de IP llevaron a **Rosenfeld** y **Segal** (1950) a considerar en qué forma se producían en los enfermos psicóticos escisiones que aislaban diversas funciones del self de fragmentos de conocimiento, hasta el extremo, por ejemplo, de que se perdía toda noción del tiempo y de su tránsito. También podían localizarse fuera del self --en otras personas-- impulsos y sentimientos (**Segal**, 1956). **Bion** investigó a partir de 1953 la escisión de una parte muy importante del self, concretamente el equipamiento perceptivo; demostró que esta pérdida de parte de la estructura del self no sólo se concreta en graves perturbaciones del pensamiento, sino también en la experiencia de que las funciones percepti-

vas son realizadas por objetos ajenos, lo que conlleva, como consecuencia, la formación de objetos bizarros. El trabajo de **Bion** relativo a la esquizofrenia constituye la base fundacional de los desarrollos necesarios para su teoría de la construcción del pensamiento.

Merece la pena aquí hacer un par de comentarios, uno relativo a la escisión y el otro a la diferenciación entre lo que parece indicar **Klein** con el término IP patológica, anormal o masiva y lo que supone para **Bion**. Ella parece referirse a un uso excesivo tanto en frecuencia como intensidad de la IP, o que afecta a una parte o a todo el self, es decir, un punto de vista cuantitativo, que fue desarrollado especialmente por **Rosenfeld** en su trabajo con psicóticos. Pero **Bion**, refiriéndose a pacientes esquizofrénicos, introduce un punto de vista cualitativo, lo cual supone un primer desarrollo diferente a la primera concepción kleiniana. El esquizofrénico utiliza la IP de forma particular, es decir, de manera evacuativa, violenta y omnipotente. Es este uso evacuativo, como convicción omnipotente de su efectividad para liberarse del estado mental insoportable, lo que añade una perspectiva diferente que permite o abre el camino para considerar los aspectos cualitativos del mecanismo y no solamente los cuantitativos. En cuanto a la escisión, conviene recordar que en los procesos disociativos los ataques van primero dirigidos al objeto y como consecuencia secundaria dividen al self (según el modelo de la polarización de la población cuando se divide un territorio). Esto es debido a que el self se constituye por la introyección de los objetos, por lo que la escisión del objeto se acompaña necesariamente de una escisión del self, pudiendo entonces implicar las cualidades perceptivas.

En efecto, **Bion** considera esta patología como la manifestación de un ataque generalizado a la percepción, al darse cuenta, sobre todo, de la realidad interna. De forma maravillosa, lo asocia al ataque al vínculo a causa del conflicto edípico; lo hace estableciendo un paralelismo por el cual el ataque al vínculo entre los contenidos mentales viene a ser un ataque a la pareja parental. Estos ataques destruyen la relación continente-contenido, indispensable para la generación de significado de todo aquello que la experiencia de la realidad tanto interna como externa hace llegar a las puertas de la percepción del individuo. Es desde este punto de partida desde donde **Bion** puede emprender, con un vuelo hasta hoy aún no repetido, su teorización a propósito del pensar: de la formulación del continente-contenido podrá pasar a la hipótesis de las preconcepciones innatas que logran el nivel de concepciones cuando hallan el

continente de una realización: por ejemplo, la del pecho cuando la boca del neonato encuentra el pezón de la madre y se establece el vínculo continente-contenido entre ambos. Es esta conjunción satisfactoria la que permitirá poner en marcha una conceptualización disponible para el pensamiento.

Pero **Bion** no se conformó sólo con este modelo para la comprensión de la construcción del pensamiento; añadió dos más. En el segundo modelo estudia qué pasa cuando una preconcepción no queda vinculada a una realización efectiva. En este caso la preconcepción queda ligada, irremediablemente, a una frustración. Este tipo de vínculo también genera un pensamiento disponible para pensar, de tal modo que la resultante sea la posibilidad de planificar una acción racional para el logro de la satisfacción. **Bion** plantea que el pensamiento sofisticado no sería más que la repetición del modelo, en el sentido de que cada concepción sería una preconcepción nueva, que a su vez debería aparearse a nuevas realizaciones, y así *ad infinitum*. De esta manera las realizaciones (los hechos) producen una teoría (concepción) que de inmediato puede funcionar como una preconcepción nueva a la búsqueda de nuevas realizaciones (nuevos hechos) siempre en pos de una teoría más general.

Finalmente, **Bion** forjó un tercer modelo por el cual la adquisición de significado es una función, a la que denominó *función alfa* con el fin de no saturarla con ningún tipo de significación previa. Esta función, según **Bion**, puede asimilarse a la de un cedazo: separa los elementos de la percepción que pueden ser utilizados para pensar y soñar, a los que bautizó como *elementos alfa*, de aquellos datos inconscientes en bruto que no son asimilables, a los que denominó *elementos beta*. Cuando construyó este modelo, **Bion** también planteó que en el inicio de las relaciones objetales, en la atmósfera de la relación madre-bebé, es la madre la que a través de su capacidad de ensoñación (la reverie) desarrolla la función alfa sobre los contenidos de la experiencia emocional que la criatura no puede tolerar y que ella capta a través de los procedimientos de la IP. La madre realiza de este modo una función metabolizadora que la estructura mental aún insuficiente de su hijo no puede desarrollar por sí misma. La acción y la palabra pertinentes de la madre, producto de la función que hace para su bebé, podrán ser entonces incorporadas por la criatura del mismo modo que incorpora el alimento del pecho; así, alimento biológico y alimento mental promoverán su crecimiento. El bebé que incorpora el pecho también incorpora el-pecho-que-piensa, y es así que también en él se pone en marcha la actividad de la función alfa.

Como se ve, ésta es una concepción muy distinta de la IP, respecto a las que se habían considerado hasta ahora, y ya supone un verdadero salto cualitativo. **Bion** implica que lo que se trasmite es algo concreto, no fantaseado, y que con esa concreción le llega al objeto que lo maneja, transforma, devuelve, etcétera.

Esta concepción ya supone otra idea de la IP y una dinámica no subsumible en el concepto de IP y fantasía, sino un trasiego concreto. Algo que pasa al objeto, que le afecta no sólo en la fantasía sino a veces de una manera bien concreta e incluso física. ¿Qué hay de estos materiales mentales? ¿Qué hay de su sustancialidad? ¿Cuál es su estatus? Si denominamos IP al mecanismo desde el sujeto, ¿cuál es su complementario en el objeto? ¿Cómo pasamos de lo que en principio es un mecanismo intrapsíquico, unipersonal, a considerarlo algo bipersonal?

Son muchas las preguntas que quedan sin respuesta y **Bion** no se detiene para contestarlas. Simplemente, sigue adelante. Entonces explora las posibilidades del modelo continente-contenido que venía sugerido por el fenómeno descrito por **Klein**, estas partes de la personalidad del individuo buscando un espacio en el que poder alojarse. Así, del mismo modo que gracias a la depositación de un material del bebé en el interior de la mente del objeto primario se hace posible que surja a través de la capacidad de reverie de la madre y de la actividad de su función alfa un elemento nuevo, antes no existente, que es el sentido de la experiencia vivida por la criatura, **Bion** (1970) desarrolla de manera amplia la idea de que la relación continente-contenido existe allí donde entre dos elementos el uno contiene al otro con el resultado de la producción de un tercer elemento. El prototipo de esta relación es la unión sexual, aunque no queda restringida a ella. Hay muchos tipos de relación continente-contenido, y uno de los más importantes es, precisamente, el que asegura el sentido del lenguaje: la palabra como continente de significación. **Bion** categorizó las diversas modalidades de la relación continente-contenido, diferenciando aquellas que son perjudiciales de las que favorecen a los dos elementos implicados en la relación. Serían de las primeras aquéllas en las que el contenido desgarrar al continente, lo hace explotar con su fuerza expansiva como la reacción química que hace saltar por los aires al matraz en la que se verifica, o en las que el continente es tan constrictivo, fuerte e inflexible, como para aplastar al elemento contenido. Serían de las segundas aquéllas en las que cada uno de los dos elementos promueve el desarrollo del otro de modo que la relación sea mutuamente beneficiosa; por ejemplo, el proceso

analítico cuando funciona, del que salen enriquecidos y evolucionados tanto el paciente como el analista. También hizo **Bion** una clasificación separada de la anterior, definiendo tres posibles tipos de relación continente-contenido entre individuos, entre grupos, o entre el individuo que constituye la vanguardia --encarnación de la nueva idea, el místico-- y el grupo (**Bion**, 1970):

a) La modalidad de relación comensal, en la que las dos partes coexisten de modo tal que la existencia de cada una puede considerarse inofensiva para la otra.

b) La simbiótica, en la que se produce una confrontación y el elemento resultante de ésta es productor de desarrollo para ambas partes, aunque no siempre sea fácil discernir en qué consiste tal desarrollo. La relación simbiótica se caracteriza por el hecho de que el grupo puede manifestar hostilidad y benevolencia, y la aportación del místico siempre se halla sujeta a un escrutinio riguroso, el cual lleva a la evolución en términos de crecimiento tanto del grupo como del propio místico.

c) Y la parasitaria, en la que una parte depende de la otra de modo que el producto de la relación, el tercero, acabará siendo destructivo para ambas. Para clarificar esta última modalidad de vínculo, **Bion** recoge la peripecia del grupo dominada por la envidia: la envidia, dice, engendra envidia y esta emoción, que se autoperpetúa, destruye finalmente tanto al huésped como al parásito. La envidia, insiste **Bion**, no es adjudicable a una u otra parte de la relación; es, en realidad, una función de la misma. En la modalidad parasitaria hasta la amistad es mortífera. Así, por ejemplo, la promoción del individuo dentro del grupo puede llevar al agotamiento de su creatividad, que queda sepultada en la asfixiante red de funciones y actividades grupales del todo irrelevantes en términos de desarrollo.

Todo este marco de conceptualizaciones --que ni somos capaces de agotar en lo que se refiere a su contenido ni por la ambición de este documento podemos hacer ahora descriptivamente más amplias-- jugará un papel extraordinario en lo que se refiere a evaluar las posibilidades de cambio psíquico, que es, en esencia, lo que constituye el alma del trabajo psicoanalítico. En efecto, en la medida en que la actividad mental viene contenida --vale decir, en una relación continente-contenido-- en un marco de pensamientos y expectativas a las que **Bion** denominó *conjunciones*, el cambio exige desmontar las teorías contenedoras internas, existentes en el individuo, para que se puedan lograr nuevas conjunciones. Esto supondrá una desestructuración mental transitoria, a la que **Bion** denominó *cambio catastrófico*, que ven-

drá seguida de una recuperación. Este proceso de desintegración e integración se correspondería con las descripciones de **Klein** relativas a los movimientos de la posición esquizoparanoide a la depresiva y viceversa. Según **Bion**, la oscilación permanente entre los procesos de desintegración e integración, pasando siempre por la turbulencia del cambio catastrófico, constituiría la condición inherente al cambio psíquico.

Esta desestructuración mental transitoria del cambio catastrófico es diferente a la que **Meltzer** describe en el autismo. La desmentalización que caracteriza al estado autista consiste en la suspensión inmediata y también transitoria de la actividad mental, como sucede en el *petit mal*. El desmantelamiento ocurre de forma pasiva, no activa como en los procesos disociativos, que emplean impulsos destructivos para atacar al vínculo. La organización mental del autista cae pasivamente en pedazos, se desmorona (los diversos sentidos se adscriben al objeto más estimulante del momento), restableciéndose luego la organización mental previa que se monta o reconstruye o reaparece sin sufrimiento ni ansiedad. En el cambio catastrófico (que se da ante cualquier situación de amenaza de modificación del status mental presente y que suponga un cambio) también se desorganiza el sistema constituido antes del cambio, pero el paso P<-->D implica un restablecimiento en una organización que tampoco es la previa, como en el autista, sino un desarrollo. Podríamos también considerar la posibilidad de que se estableciera una organización que supusiera un retroceso respecto a la existente antes del cambio. Las conceptualizaciones de **Bion** sobre la función alfa y la función alfa en reverso permiten su descripción. Cuando la madre es incapaz de contener y dar un significado a las ansiedades del bebé, es decir, cuando es un objeto que rechaza la IP, el bebé la vive como algo que despoja de significado, y la reintroyecta como angustia o terror sin nombre, lo que hace que recurra al empleo de la IP con mayor violencia, promoviendo mayor desestructuración. El resultado no es sólo el no acceder al significado o al terror sin nombre, sino quitar significado a lo que lo tiene aunque sea incipiente.

El concepto de IP también ha permitido hacer avances en lo que se refiere a la formación de símbolos. **Segal** retoma la diferenciación establecida por **Bion** entre IP normal y patológica y articula una distinción comparable entre lo que ella denomina *ecuación simbólica* y los símbolos propiamente dichos. Dice que en la ecuación simbólica no se da ningún tipo de diversidad entre el símbolo y la cosa simbolizada, de igual modo a lo que sucede en la actividad

de la IP, en la que, a causa de la extensión narcisista del sujeto, se borra la grieta que lo separa del objeto. Es más adelante que **Segal** (1957) confirma que no se trata solamente de procesos comparables sino que, de hecho, la confusión entre símbolo y objeto simbolizado es el resultado de una IP del tipo de las que **Bion** definió como guiada por la omnipotencia y la violencia con el objetivo de hacer desaparecer todo vestigio de separación, de alteridad. Como antes avanzamos, a eso **Meltzer** llegaría a denominarlo Identificación Intrusiva con la finalidad de evitar confusiones y resolver ambigüedades del todo innecesarias.

Avancemos, aún, algunos logros más a partir del concepto de IP. Uno de los más importantes es la revolución que supone en lo que se refiere a la comprensión de la contratransferencia. A partir del papel que finalmente se acepta que juega la IP en la relación objetal --y también en su renegación-- la contratransferencia pasa a constituirse en instrumento extraordinario, incluso preferencial, para la investigación del psiquismo humano. **Klein** no dejaba de contemplar la herramienta con recelo, inquieta por la posibilidad de que el analista atribuyera al paciente su propia emocionalidad. Pero después de **Klein** el trabajo sobre la contratransferencia ha devenido el eje sobre el que se articula la técnica. Es **Money-Kyrle** (1956) quien plantea que el trabajo analítico ha de orientarse de tal modo que facilite que el analista pueda recibir las identificaciones proyectivas de su paciente: es así que, contenidas en su contratransferencia, llegarán a ser analizadas por el terapeuta como, podríamos decir, lo hace la madre con su capacidad de reverie con todo lo que la criatura deposita en ella. Debidamente modificadas por el analista en su interior, como lo hace la madre con los contenidos que la criatura le adjudica, podrá después el terapeuta comunicarlos al paciente en forma de interpretación. Así, recibirá el paciente lo que el analista le ofrece como el neonato recibe el alimento de la madre, y, también, como lo hace el bebé, el aspecto comprensivo del psiquismo del analista (el-pecho-que-piensa bioniano); a partir de este momento, como le ocurre a la criatura, se podrá convertir en un recurso interno del paciente que le habilitará para llegar a una comprensión de sí mismo. Es así como se desarrolla la función psicoanalítica de la personalidad.

Con todo, esta operacionalidad de la IP y el uso de la contratransferencia para poderla trabajar y, con ello, estimular el desarrollo mental del paciente, no ha sido aceptada de manera generosa. La propia **Melanie Klein** hizo muy poco por desarrollar estas ideas; **Paula Heimann** (1950), que por un lado

defendía el uso de la contratransferencia y fue una de sus promotoras, por el otro nunca aceptó de buen grado todo lo que suponía el concepto de IP. La idea se encuentra en la obra de **Rosenfeld** (1952), aunque no aparece claramente explicitada. En cambio, sí que la hallamos en los trabajos de **Racker** (1953) y de **Jacques** (1953) cuando habla de los sistemas sociales de defensa frente a la ansiedad y del modo en que las personas usan a los grupos sociales para proyectar en ellos aspectos de su personalidad. Es así entonces que, de la misma forma que acontece con las personas individualmente consideradas, los grupos actúan de manera que pueden llegar a absorber estados psíquicos de un individuo o de diversos individuos. Incluso puede darse el hecho de que los grupos lleguen a compartir un sistema de creencias inconscientes relativas a la manera de percibirse a sí mismos y también a los miembros que pertenecen a otros grupos. **Bion** desplegó magistralmente estos procedimientos en su etapa de investigación --prepsicoanalítica-- relativa al funcionamiento grupal, trabajo que recogido por **Jacques** e iluminado por el concepto de IP ha permitido un avance muy importante en la comprensión de los movimientos sociales.

Si retomamos los aspectos individuales de la operación de la IP, hay que destacar que también **Grinberg** (1962) se mostró convencido del relevante papel de la contratransferencia en el proceso terapéutico, y que hizo una notable aportación al destacar que, cuando un analista no puede hacer el trabajo adecuado sobre su contratransferencia (como la madre en ocasiones poco apta, que tampoco puede desarrollar una reverie suficiente con su bebé) y al no poder contener la IP del paciente, actúa re proyectándose utilizando el mismo procedimiento. Es en este caso cuando podemos hablar de ContraIP.

Vayamos ahora a la línea de desarrollo que protagoniza **Esther Bick**. La idea del proceso involucrado en la posibilidad de usar la IP que se verifica en la década inaugural --contención de la madre, metabolización, reintroyección y asimilación, constitución de un recurso interno, o lo que es la misma cosa, un objeto interno continente en el bebé-- promovió en **Bick** (1968) el afán de comprender qué pasaba con las criaturas que no podían constituir este objeto interno. La depurada técnica de observación de bebés que llegó a desarrollar le permitió sugerir que para que sea posible sostener un objeto interno bueno, capaz de realizar la función de comprender, resulta necesario, antes de nada, posibilitar la capacidad de introyectar. Destacó que esta aptitud era una función de la piel, o para decirlo más claramente, una función de sensaciones cutáneas que despiertan

tan la fantasía de un objeto continente. **Bick** sostiene que todo neonato tiene que desarrollar un concepto de espacio limitado en el que sea posible poner cosas y desde donde también se las pueda sacar, similar a lo que ocurre con una bolsa. Esto se alcanza con la experiencia de un objeto que mantiene unida la personalidad; esta experiencia la halla la criatura cuando toma el pezón con su boca y percibe que este objeto tapa un agujero en el mismo límite que constituye la piel. Así que la función de clausura de este primer objeto es la que permite establecer un espacio cerrado en el que los objetos puedan ser introyectados, del mismo modo que se hace posible con el alimento que llega desde el pecho de la madre. Y es esta experiencia de tener un objeto interno capaz de contener lo que permite que pueda ser, a su vez, proyectado en un objeto antes de vivirlo apto para posteriores proyecciones; es decir, apto para poner en marcha la actividad de la IP. Cuando esta primera consecución evolutiva resulta fallida, el infante se ve tan incapacitado para proyectar como para introyectar, dado que la ausencia de un objeto interno que mantenga unida la personalidad impide que se lo pueda proyectar en un objeto externo que sirva de contenedor de posteriores proyecciones. Es entonces cuando la personalidad de la criatura se desparrama sin freno en un espacio que ha perdido los límites; esto obliga al bebé a asegurarse, a través de otros procedimientos, de poder mantener unida su personalidad, y lo consigue a través de la formación de una segunda piel. Las investigaciones de **Meltzer** (1975) con niños autistas llevan a la conclusión de que esta seguridad se alcanza a través de una fantasía de vivirse adherido a un objeto gracias a una forma de identificación conocida ya desde **Bick** con el nombre de Identificación Adhesiva. No entraremos en este momento en el pensamiento de **Tustin**, que dedicó la vida al estudio del autismo ofreciéndonos logros de una notable profundidad y riqueza conceptual, porque su abordaje toma un enfoque del todo independiente a los desarrollos que en este trabajo venimos considerando.

Los estudios de **Meltzer** sobre el autismo plantean el problema de la dimensionalidad, es decir, las condiciones que ha de tener el objeto, o mejor dicho, la representación (construcción) que del objeto se tenga en la mente, para que se produzca la relación continente-contenido comensal. La IP se produce dentro, en el interior del objeto, por lo cual sólo funciona en el mundo tridimensional y por tanto la noción del objeto debe ser tridimensional. Pero la noción de objeto en el autista no es tri, sino bidimensional, es una superficie, no un volumen. La exploración de la IP con objetos internos ha permiti-

do conocer que el interior del objeto interno, el interior de la madre interna, es decir, la noción o construcción del objeto interno a la que llega la fantasía, es un lugar muy elaborado y estructurado (**Meltzer**, 1975 y 1992), como veremos más adelante. Esto ha permitido saber no sólo qué objeto está siendo proyectado dentro del objeto interno (es decir, qué parte del self se proyecta en la madre interna), sino también qué espacio del objeto madre interna está siendo habitado por la parte proyectada, lo que nos permite una reconstrucción geográfica del objeto interno. **Meltzer** describió cómo los autistas funcionan con una relación de objeto bidimensional. La relación que establecen no es de mente a mente, por medio de la IP, sino por un tipo de identificación más primitiva, denominada Identificación Adhesiva, que se corresponde con la función animal de la mímica, imitando el comportamiento y apariencia de otros. Es decir, que desde un punto de vista evolutivo del desarrollo temprano se plantea la existencia de un funcionamiento bidimensional, donde no opera la IP, pero que es necesario para poner en marcha los procesos de disociación que mencionamos más atrás. Es decir, sería un funcionamiento anterior a la posición esquizo-paranoide. Además, también permite comprender algunas psicopatologías, como el funcionamiento de personas que carecen de imaginación e *insight*, cuya conducta y aspecto, lo que está afuera, es su personalidad.

Finalmente, apuntemos que el concepto de IP ha tocado hasta sus mismas raíces toda la fundamentación estructural de la personalidad considerada con anterioridad a la aportación kleiniana. En efecto, la estructura del mundo interno está muy influida por la acción de la IP, especialmente cuando partes del self son proyectadas en objetos externos y, ya no digamos, como veremos al profundizar en las aportaciones de **Meltzer**, cuando son proyectadas en los objetos de la realidad psíquica, los objetos internos. En el primer caso, como se colige de lo que hemos estado diciendo, se produce una extensión narcisista por la que los objetos externos pueden llegar a ser identificados como formando parte del self, en tanto que en la segunda no hay reconocimiento de la independencia de los objetos internos y, por lo tanto, de la dependencia de ellos para promover el desarrollo (componente estructural del narcisismo). Como quiera que esta forma de apropiación y disolución del self en los objetos tanto internos como externos sea promovida por la violencia y la omnipotencia, el resultado se inclina tanto hacia la experiencia de empobrecimiento del self en unos casos, como en la formación de una estructura caracterizada por su malignidad, soberbia, arrogancia y grandiosidad, que

llega a tiranizar toda la organización de la personalidad, y, muy especialmente, a las partes buenas, de las que depende la posibilidad de alivio y esperanza para la evolución de la mente. Porque, en efecto, como **Meltzer** destaca, para poder evolucionar la persona ha de tener confianza en sus objetos internos.

Esta confianza se apoya en la idea de que estos objetos desempeñan una función del todo indispensable para el individuo, una función en la que se tiene fe; una fe que se puede entender en los mismos términos que la que se describe en la experiencia mística: es la fe en los dioses internos. Se cree y se tiene fe en estos dioses internos y en sus funciones porque el self se muestra totalmente incapaz de desarrollarlas por sí mismo a causa de su incompletud. Cuando se pierde o no se deposita confianza en los objetos internos, entonces queda la persona expuesta a los cantos de sirena de los aspectos infantiles de la personalidad, que siempre se ofrecen y exhiben en todo equiparables, incluso superiores en habilidades y capacidades a lo que los objetos internos ostentan (damos por entendido que cuando hablamos de objetos internos nos estamos refiriendo a la pareja parental combinada). Es en las situaciones de cambio catastrófico en las que el individuo queda más expuesto a ser seducido y aspirado por los aspectos más infantiles --intrusivos y destructivos-- de la personalidad. Es entonces cuando el cambio catastrófico puede devenir auténtica catástrofe.

Esto se manifiesta en el curso del análisis con el mantenimiento de una continua reacción terapéutica negativa tal como **Rosenfeld** (1971) puso de relieve: en estas condiciones la transferencia adquiere una tonalidad perversa y retorcida con la finalidad última de arruinar el proceso e impedir el cambio psíquico.

Hasta aquí un recorrido limitado y muy esquemático, pero indispensable, para dar una idea de lo que ha dado de sí la herencia que **Klein** nos hizo llegar con el concepto de IP. Con todo, hay que destacar que han sido **Bion** y **Meltzer**, probablemente, quienes hayan sacado más jugo del concepto, proyectándolo al futuro en una extraordinaria panorámica de modelos de comprensión de la mente a partir del genial hallazgo de **Klein**, del que, seguramente, ni ella misma pudo llegar a intuir el alcance y posibilidades de desarrollo.

Si **Bion** se decantó más apasionadamente por el estudio del proceso comunicativo, las peripecias del registro de la experiencia emocional de la relación, la laboriosa y compleja tarea de construcción del pensamiento que le otorga sentido, y a los ataques a la significación, **Meltzer** toma el camino de la no comunicación, del control, de la intrusividad,

y explora el mundo que esta actividad conforma en el interior del objeto violentado. Seguir esta vía le permite demostrar que el mecanismo de la IP --la denominación Intrusiva tendría que esperar 20 años-- actúa, primariamente, con los objetos internos, y logra concretarse, de manera específica, a través de algunos tipos de masturbación, en particular la masturbación anal, (**Meltzer**, 1966).

Quizá merezca la pena comentar que, para **Freud**, la masturbación, dentro de su concepción de la mente, suponía en principio un acto normal, de estimulación autoerótica y descarga, que luego se vinculaba a fantasías respecto de los objetos.

Para **Klein** lo importante de la masturbación son las fantasías inconscientes, más importantes que el placer físico, y hacia ellas dirige su atención para así encontrar el significado, en continuidad respecto a las ideas de **Freud**, que nos permitirá desvelar, en su caso, el temor a la castración, el interés narcisista por el pene, el alejamiento del objeto que decepciona, la descarga de tendencias agresivas, libidinales contra él, etcétera. Sin embargo, para **Meltzer** la importancia está en la masturbación en sí misma por la excitación y omnipotencia que genera. Y su significado es algo separado de las fantasías tanto conscientes como inconscientes. Su estudio sobre la masturbación anal críptica mostró la importancia del acto de la masturbación (independiente del orificio o lugar del cuerpo utilizado) como procedimiento para promover omnipotencia y así reforzar la IP con el objeto interno, como forma de ataque al objeto combinado y manifestación del enfrentamiento y necesidad de confirmación del triunfo de la parte infantil sobre la pareja parental.

Este hallazgo enriquece la galería de fenómenos psicopatológicos que antes se atribuían al uso excesivo de la IP permitiendo incluir los trastornos en la formación del carácter conocidos como pseudomadurez o falso self.

Treinta años de investigación clínica necesita **Meltzer** (1992) para explicarnos qué le sucede al *continente bioniano* --interior del objeto disponible para la IP como vínculo singular de la comunicación, espacio, como se ha dicho, donde se fragua la experiencia emocional y se desarrolla la química del significado-- cuando se convierte en *claustró* por la violencia de la IP.

Como en el caso de Troya, a la que ahora sólo podemos imaginar, nada sigue igual cuando el interior del objeto ha sido penetrado por el afán de controlarlo, poseer sus riquezas y desvelar su profundo misterio --simplemente considerado como un enigma a resolver--; la modificación de este interior viene determinada por los dos grandes “instrumen-

tos”, a los que antes nos referimos, de la Identificación Intrusiva: la dimensión identificatoria y la dimensión proyectiva. La actividad de estas dos dimensiones definirá un nuevo mundo en el interior de los objetos, pero también perturbará la estructura del self que ahora vivirá y considerará imagen del mundo un nuevo espacio completamente ajeno a la dimensión en la que los humanos se comunican, aprenden y se ayudan los unos a los otros.

¿Qué diferencia esos mundos? Veámoslo.

El acceso a un objeto de conocimiento exige imaginación, recolección atenta de observaciones, reflexión, juicio y decisión, pidiendo frecuentemente en préstamo, cuando se hace necesario, formas de otros ámbitos de lo ya conocido. ¿Cuántas formas de la física, de la química, de las matemáticas, de la lingüística, etcétera, no han tenido que usar con imaginación el psicoanalista para intentar acercarse a su objeto de conocimiento el fenómeno mental? El objeto de conocimiento del neonato es la madre, compendio de todo universo imaginable. La concepción de su interior sólo se revela a quien mantenga el más exquisito respeto por la integridad y soberanía de este espacio, y será la imaginación la que facilitará las condiciones para que la creación artística y poética y el diálogo psicoanalítico --como aplicación del diálogo madre-bebé-- den testimonio de su misterio, (**Meltzer**, 1992). Pero no siempre concurren en el bebé o en el paciente las condiciones del poeta; entonces, el respeto por la libertad del objeto y la imaginación para pensarlo vendrán substituidas por la intrusión omnipotente y por la omnisciencia. El bebé-poeta supone, en tanto que investigador, una estructura interna de la madre y de las funciones que caracterizan cada uno de sus compartimentos, adoptando formas de lo que observa en la vida familiar, observaciones que quedan afectadas a su vez por el significado que adquiere para la criatura el contenido de estos compartimentos y las ansiedades correspondientes: “Es así como se da un intercambio continuo entre el mundo interno y el mundo externo, un comercio cuyas cualidades formales son introyectadas y el significado del cual es externalizado”. (**Meltzer**, 1992, p. 64).

La otra fuente de suposiciones llega de la mano de analogías que establece entre las experiencias de sus propios orificios corporales --de lo que por ellos entra y sale, de las satisfacciones y del malestar y de sus consecuencias en lo que se refiere a la percepción del estado interno y externo, etcétera-- y de los servicios que en ellos presta la madre. **Meltzer** describe que la concepción imaginativa del bebé predispone a una imagen del interior de la madre dividida en compartimentos: una parte superior, constituida

por la cabeza y el pecho, y una de inferior, dividida en anterior y posterior, con el genital en la primera y el recto en la segunda. Cuando frente a la acometida de los estados de frustración y ansiedad aumentada, como decía **Klein**, la capacidad creativa fracasa y la comunicación queda interrumpida, también son estos ámbitos los que concretan las vías de entrada al objeto interno a través de la actividad de la fantasía de intrusión; entonces, el interior de cada uno de los compartimentos presentará una atmósfera de todo diferente si es la cualidad de la imaginación la que la embellece o la intrusión omnipotente y la omnisciencia la que ponen su sello. Naturalmente, también serán diversos los sistemas de valores que se derivan de cada una de estas actividades, la imaginativa y la intrusiva. Así: si desde la imaginación la cualidad primordial de la cabeza y el pecho de la madre es la riqueza entendida en términos de generosidad, receptividad, reciprocidad estética, posibilidad de comprender, diligencia, responsabilidad, prudencia, lugar de la formación simbólica, y, por lo tanto, del arte, de la poesía y de la imaginación, desde el lugar del intruso esta riqueza viene entendida como posesión de los secretos, el dominio de la información, el beneficio del no hacer nada y de la irresponsabilidad, etcétera. Son icualidades del tipo "todo es fantástico", y las ansiedades claustrofóbicas que a ese estado van asociadas se relacionan con la codicia, en el sentido de que uno toma más de lo que le pertenece en tanto que otras personas a duras penas consiguen sobrevivir.

Si la imagen inconsciente del genital de la madre --elaborada imaginativamente a partir de la observación real y de la relación entre los padres-- comporta la construcción de un ámbito en el cual la habitación parental es el santuario de ritos misteriosos y venerados --donde el padre con su pene y su semen alimenta y fertiliza los órganos reproductores de la madre que están llenos de bebés-- y la sexualidad configura la cima integradora de amor y trabajo, piedra fundacional de todo sistema de valores, desde el interior, a través de los ojos del intruso, amor y trabajo han sido transformados en fascinación y hambre insaciable de placer y sensaciones: constituye una cámara de terrible excitación y confusión, genuino reino erotomaniaco donde la adoración, la seducción, la irremisibilidad, el placer erótico, dominan el sistema de valores.

Cuando se lo considera desde el exterior, el recto de la madre interna es concebido imaginativamente como un depósito de desperdicios y deshechos producidos por los bebés internos que son incapaces de evitar ensuciar el nido. En este contexto, se supone que el padre interno y su genital se dedican a reali-

zar tareas heroicas de naturaleza limpiadora y protectora de la vida, tanto en lo que se refiere a la madre como a las crías, y son estos trabajos los que definen el valor dominante de este ámbito: la preservación y protección de la naturaleza en su sentido más amplio. En cambio, visto desde el interior, a causa de la intrusión violenta o de la clandestinidad que comporta el asalto o la masturbación anales, el recto de la madre interna configura el mundo orwelliano del Gran Hermano, un espacio de persecución terrorífica y de producción del sufrimiento más espantoso. Es un mundo tribal, el de los Grupos de Supuesto Básico de **Bion**; allí donde el supuesto ha desplazado al pensamiento, allí donde lo que es correcto es la ley o el precedente, allí donde ser diferente significa ser un intruso, allí donde la verdad se transforma en alguna cosa que no puede ser refutada con argumentos; allí, en suma, donde la justicia se transformó en ley de Talión, el sentido de la intimidad en técnicas de manipulación o fingimiento, el arrepentimiento en culpa y ansia de castigo. Se trata, básicamente, de un mundo de adicción en el que el individuo ha abdicado de su propia supervivencia en favor de un objeto maligno maestro de la confusión y el cinismo. Es un mundo en el que el sistema de valores ha sido subvertido por una degradación ética generalizada, y en el que la supervivencia constituye el único valor a tener en cuenta. Es un mundo claustrofóbico en estado puro, una cámara infernal regida por la tiranía y la sumisión, donde la única salvación radica en el pasar inadvertido a los perseguidores (ser del montón), luchar como resistente en la clandestinidad, o hacer méritos para trepar hacia la cumbre del escalafón jerárquico y conseguir de esta manera volcar el barreño de heces y terror sobre los que se encuentran en el palo inferior del gallinero.

En el mundo del objeto interno invadido se va desarrollando un sistema de valores orientado a un fin último: el poder que garantiza la posesión. El poder es el macho cabrío venerado y adorado; poder para tiranizar, para someter, para conseguir la obediencia incondicional de los demás; poder para disponer de todo el placer y usufructuar la producción de toda riqueza, poder para poseer toda la belleza, poder para acumular todo conocimiento --en realidad, para disponer de toda la información-- y, de este modo, poder controlar el mundo. En tanto que la madre interna, contemplada desde fuera, se nos presenta como el templo en el que poder hallar consuelo, esperanza, responsabilidad, creatividad, aliento y misterio, guía y alimento para la mente --el lugar donde, siguiendo la huella del poeta (**Keats**), los valores se concretan en que la belleza es verdad y la verdad belleza--, desde dentro, estropeada



a causa de la intrusividad, la madre toma la forma del mundo de riquezas sin fin, del hogar de la ambición, de la soberbia, de la idolatría, de la grandiosidad, de la lujuria, de la despiadada lucha por el control y el poder; es el reino en que todo vale para conseguir lo que uno desea, es la patria de la mentira, de la fraudulencia, del odio a la diversidad, del terror a la persecución que se desata cuando es detectada la presencia del intruso. Es el mundo del Claustro.

¿Qué nos lleva a profanar el templo, el Continente bioniano? ¿Qué tipo de fuerza o impulso nos transporta más allá del umbral del círculo del acontecer en cuyo interior vive el objeto interno que envía al mensajero que nos ayuda, guía y conforta en este nuestro vagar a tientas sin fin? Más allá de lo que **Klein** avanzó, **Meltzer** describe la naturaleza de los capitanes que dirigen la Identificación Intrusiva: los estados carenciales, el sufrimiento de los celos, la envidia, el insulto narcisista que hace imposible soportar la dependencia y gozar de ella, la intolerancia frente al misterio que genera el impacto estético del objeto, la falta de reciprocidad estética... Una vez el templo ha sido profanado, convertidos sus arcos en muros carcelarios, el lugar en el que el misterio se ofrece --a quien tenga imaginación-- en torre desde la que el ojo del Gran Hermano vigila incansable, y las luminosas vidrieras en cercas y alambreadas de campo de concentración, ¿cómo podemos entender el afán de seguir viviendo en un lugar así? Sólo se entiende si se contemplan los placeres que procura la grandiosidad del aspecto identificatorio de la IP: la sensación de omnipotencia y omnisciencia del poseedor de la mente-pecho, el poder experimentado desde las insignias de lugarteniente del pene fecal que rige los destinos de las cloacas del mundo del Claustro, la grandiosidad que aporta el sentirse la excepción en este mundo de locura, el placer de la excitación inagotable del genital...

Como conclusión, hemos hecho un rápido y breve recorrido, suficiente para poder vislumbrar las implicaciones clínicas de la IP, señalando la importancia del trabajo de **Bion** y **Meltzer** para su comprensión y ampliación de su significado. Y también hemos planteado alguna de las muchas preguntas que seguramente quedan pendientes de responder. Pero en la búsqueda de las repuestas está sin duda el desarrollo para, como decíamos al comienzo, conocer mejor esta importante herramienta y poder utilizarla en la comprensión de los fenómenos que encontramos en la clínica.

Con todo, desde ahora mismo, si recordamos aquella oscuridad de la que **Klein** hablaba al referirse al concepto de IP, ya podemos sospechar que nos

encontramos ante un fenómeno cuyo significado aún permanece guardado por sellos que nadie ha podido romper completamente. Agustín de Hipona, en las *Confesiones*, habla de este mundo “de innumerables cavernas llenas de innumerables especies de cosa innumerables, que están allí, ya sea en imagen, ya en presencia real, ya ni sé por qué clase de nociones y observaciones”. Desde su misterio, aquello en lo que interviene y es fruto de la IP sigue lanzando fuego sobre nuestra mente, encendiendo nuevos pensamientos e intuiciones aún innombrables.



Lluís Farré Grau

Avda. República Argentina, 252, 2º, 2ª
08023 Barcelona.
Teléfono: 93.418.68.33

Jesús Sánchez de Vega

Barcelona, 37 C
08190 Sant Cugat del Vallés.
Teléfono 93.675.43.15
e-mail: sdvega@ibernet.co

Bibliografía

Bick, E. (1968), *The experience of the skin in early object relations*. Int. J. Psycho-Anal, 49, 484-6.

Bion, W. (1959), *Attacks on Linking*. En: W. Bion, *Second Thoughts, Selected Papers of Psycho-analysis* (pp. 93-109). London: Maresfield Reprints, 1984. (Hay traducción en: *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Hormé, 1977)

-(1962), *A Theory of Thinking*. En: W. Bion, *Second Thoughts, Selected Papers of Psycho-analysis* (pp. 110-119). London: Maresfield Reprints, 1984. (Hay traducción en: *Volviendo a pensar*, Buenos Aires, Hormé, 1977)

-(1970), *Attention and Interpretation*. London: Maresfield Reprints, 1984. (Traducción en: *Atención e interpretación*. Buenos Aires, Paidós, 1974)

-(1962), *Learning from experience*. London: Maresfield Reprints, 1984. (Hay traducción en: *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires, Paidós, 1980)

-(1965), *Transformations*. London: Maresfield Reprints, 1984.



Grinberg, L. (1962), *On a specific aspect of counter-transference due to the patient's projective identification*. Int. J. Psycho-Anal, 43, 436-40.

Heimann, P. (1950), *On counter-transference*. Int. J. Psycho-Anal, 31, 81-4.

Jacques, E. (1953), *On the dynamics of social structure*. Human Relations, 6, 3-23.

Klein, M. (1946), *Notes on Some Squizoid Mechanisms*. En: M. Klein, *The Writings of Melanie Klein* (pp. 1-24), Vol. III. London. The Hogart Press, 1984. (Hay traducción en: *Obra completa de M. Klein*. Vol III. Buenos Aires, Paidós, 1988)

Meltzer, D. (1966), *The relation of Anal Masturbation to Projective Identification*. Int. J. Psycho-Anal, 47, pts. 2-3.

-(1975), *Explorations in Autism*. Pertshire. Clunie Press. (Hay traducción en: *Exploración del autismo*. Buenos Aires, Paidós, 1979)

-(1986), *Studies in Extended Metapsychology*. Clinical Applications of Bion's Ideas. Pertshire. Clunie Press. (Hay traducción en: *Metapsicología ampliada*. Buenos Aires, Spatia Editorial, 1990)

-(1992), *The Claustrium. An investigation of Claustrophobic Phenomena*. Pertshire. Clunie Press. (Hay traducción en: *Claustrium*. Buenos Aires, Spatia Editorial, 1994)

Money-Kyrle, R. (1956), *Normal counter-transference and some of its deviations*. Int. J. Psycho-Anal, 37, 360-6.

Racker, H. (1953), *A contribution to the problem of counter-transference*. Int. J. Psycho-Anal, 34:313.

Rosenfeld, H. (1952), *Notes on the psycho-analysis of the superego conflict in an acute schizophrenic*. Int. J. Psycho-Anal, 33, 111-31.

-(1971), *A clinical approach to the psycho-analytic theory of the life and death instincts: an investigation into the aggressive aspects of narcissism*. Int. J. Psycho-Anal, 52, 169-78.

Segal H. (1956), *Depression in the schizophrenic*. Int. J. Psycho-Anal, 37, 339-43.

-(1957), *Notes on symbol formation*. Int. J. Psycho-Anal, 38, 391-7.

DESARROLLO KLEINIANO Y POSKLEINIANO A PARTIR DEL ARTÍCULO DE MELANIE KLEIN DE 1946

PERCEPCIÓN (Bion)

- Escisión equipo perceptual
- Ataques a la percepción
- Ataques al vínculo

ESCISIÓN Y EXTERNALIZACIÓN (Rosenfeld)

- Escisión y aislamiento. Funciones del yo/conocimiento
- Localización externa impulsos y sentimientos
- Reacción terapéutica negativa persistente

FORMACIÓN SIMBÓLICA (Segal)

- Sistemas sociales de defensa

COMUNICACIÓN (Bion)

- Aprendizaje

ORGANIZACIÓN SOCIAL (Elliot Jacques)

[GRUPOS (BION)]

- Sistemas sociales de defensa

PENSAMIENTO (BION)

-Teoría del pensamiento.
Modelo continente-contenido

- Preconcepciones
- Función alfa
- Reverie/el pecho que piensa
- Cualidades (continente-contenido)
 - *Comensal
 - *Simbiótica
 - *Parasitaria
- Cambio catastrófico

M. Klein(1946):
**“Notas sobre
algunos
mecanismos
esquizoides”**

CONTRATRANSFERENCIA (Money-Kyrle, Heimann, Rosenfeld)

- Herramienta de trabajo de análisis
- Contraidentificación Proyectiva (Grinberg)

FUNCIÓN CONTINENTE DE LA PIEL (Bick)

- Observación bebés
- Formación segunda piel

Identificación Adhesiva

AUTISMO (Meltzer)

- La dimensionalidad de la vida psíquica

EL MUNDO DEL OBJETO INTERNO (Meltzer)

- IP en objeto interno
- Geografía de la fantasía
- Pseudomadurez
- Vida en el claustro